

La luz, el sonido, la electricidad, etc., son modos de vibración del aire y del éter. La sensación de la luz es producida en nuestra retina por vibraciones que van desde 400 trillones hasta 756 trillones por segundo. Nuestra grosera organización no nos permite ver más allá de los extremos rojo y violeta del espectro luminoso. Sin embargo, si se coloca un termómetro á la izquierda ó á la derecha del espectro, la columna de mercurio se eleva, lo que demuestra la existencia de rayos caloríficos invisibles (los *infrarrojos* y los *ultravioleta*). “¡Para cuántas sensaciones —decía Bartrina— *somos ciegos de nacimiento!*”

En el cuadro de Crookes, vemos el sonido, la electricidad, la luz y los rayos X representados por vibraciones que van desde 32 hasta la enorme cifra de 2.305.843.009.213.693.952 por segundo. Entre el sonido, la electricidad, la luz y los rayos X, y más allá de los rayos X, hay vibraciones *perdidas para nosotros* y que sin duda desempeñan un papel importantísimo en la economía del Universo.

¡Sin embargo. . . . hay quienes intentan fijar límites á la naturaleza, escribiendo en las columnas de Hércules de la ciencia moderna: *non plus ultra* (no más allá), como los inocentes geógrafos de la Edad Media, sin sospechar que nuestro universo con todas sus nebulosas, sus brillantes constelaciones, sus millares de soles, etc., no es más que una gota de agua en el océano infinito!

### CAPITULO III.

#### ORIGEN DEL UNIVERSO.

1º Teoría mosaica.—2º Emanación y absorción.—3º Lo que nos revela la ciencia.—4º Creaciones particulares; teoría de Laplace.—5º Reflexiones.

1º Al venir al mundo, el hombre contempla con curiosidad la armoniosa fábrica del Universo; el cielo abriantado por el sol inmenso y glorioso durante el día y cubierto de millares de estrellas durante la noche; la tierra con su vegetación lujosa y variada, sus

montañas, sus mares y sus ríos, y lleno de infantil asombro se pregunta: "¿De dónde proviene todo esto?"

"En el principio — dice la Biblia— era la *nada*, y el espíritu del Señor se movía sobre las *aguas*." Aburrido de moverse sin objeto, Dios pensó en crear y sacó los mundos y los seres de esa nada que la mente no puede concebir. Tal es la explicación teológica; pero advirtamos de paso que la palabra *nada* no debió referirse en un principio á la nada *substancial*, que la razón rechaza, sino á la inexistencia de las cosas objetivamente consideradas. Prueba de ello es que, á renglón seguido, el legislador hebreo añade: "*y el espíritu del Señor se movía sobre las aguas*." ¿Qué aguas eran esas? El texto hebreo parece significar un *elemento sutil*, la substancia primordial.

Sea lo que fuere, esta teoría es inadmisibile, porque supone un tiempo de inactividad en Dios y le condena de nuevo al reposo, una vez creado el Universo. ¿Y de dónde le vino ese antojo de crear, después de una eternidad de inacción ó de moverse sin objeto sobre las aguas?

2º Suponen los emanacionistas que Dios creó el Universo tangible de su propia esencia y el espíritu del hombre de una gota de su propia luz. Transcurrido un lapso de cuatro mil trescientos veinte millones de años, cuanto es volverá á su seno, y al cabo de otros tantos años, principiará una nueva emanación, y así indefinidamente, por los siglos de los siglos.

3º La ciencia astronómica nos demuestra que las creaciones y disoluciones no son totales.

"Pueblan actualmente el Espacio — dice Flammarion — mundos en nacimiento, mundos que han alcanzado la edad madura y mundos en decadencia, y aún mundos muertos, diseminados en todas las regiones de la inmensidad sin límites, nebulosas, soles de hidrógeno, astros oxidados, planetas en formación, satélites que se enfriaron, cometas que han ido disgregándose . . . Las fuerzas de la naturaleza se muestran por todas partes en actividad . . . ¡La eternidad no ha principiado; no, no ha tenido principio nunca! Las fuerzas universales jamás han permanecido inactivas!"

Dentro de cien millones de años, esta Tierra no será más que un cementerio desolado; nuestro mismo sol, ya caduco, se habrá extinguido, y, como un cadáver á merced de las olas, continuará moviéndose en la inmensidad, siguiendo el proceso de su lenta

descomposición. En tanto, del seno de las ardientes nebulosas habrán salido otros soles, otros mundos, en los que la juventud cantará el salmo de la vida.

Veamos la célebre teoría de Laplace:

En el principio era una inmensa nebulosa, una enorme masa de materia incandescente, que principió á enfriarse por irradiación. Consecuencias del enfriamiento fueron la condensación y la rotación. Aquella masa caótica, al girar con inconcebible rapidez, se disgregó en diferentes puntos, y surgieron de su seno millares de anillos animados del mismo movimiento, nuestro sol entre ellos. De estos anillos principales se desprendieron masas gaseosas para constituir los planetas, los que á su vez dieron nacimiento á los satélites. Nuestra Tierra, como todos los mundos sus hermanos, emanó del sol, quedando ligada á él por la ley de la atracción. La Luna se desprendió de ella y se constituyó en mundo aparte. La enorme masa de gases que debía constituir la Tierra, con el transcurso de millares de siglos, se condensó convirtiéndose en un sol pequeño; luego menguaron sus resplandores; la superficie incandescente adquirió el aspecto de la lava en fusión; los gases hidrógeno y oxígeno constituyeron la atmósfera respirable, entonces muy densa, y flotaron las primeras tierras como la nata sobre la leche. Sucedióse una larga lucha entre el agua y el fuego; los gases que tocaban las altas capas atmosféricas descendían transformados en lluvia, y el agua, al aproximarse á la ígnea superficie del mundo en formación, se evaporaba. La costra terrestre endurecióse poco á poco, delineáronse los continentes, y el agua ocupó las partes bajas. Espantosos cataclismos interrumpían con frecuencia la obra de constitución de la superficie; la delgadísima corteza terrestre se retorció y agrietaba, y grandes islas, continentes enteros, apenas formados, desaparecían en el seno de las aguas. En los polos, lo mismo que en el Ecuador, reinaba una temperatura abrasadora; mas llegó un momento en que la tierra se cubrió de una vegetación gigantesca y aparecieron animales de una talla colosal (el pterodáctilo, el megaterio, el mastodonte, el iguanodón, el mamut, etc.). La actividad plutónica y los frecuentes diluvios debieron destruir varias veces, ya parcial, ya totalmente, los reinos vegetal y animal, hasta que, consolidada la superficie, á fines del período terciario y principios del cuaternario, apareció el hombre. Tal es, á grandes rasgos, la famosa teoría del astrónomo francés.

La teoría de Laplace se apoya en observaciones científicas de valor indiscutible y ha sido confirmada por el examen de más de sesenta nebulosas, la mayoría de las cuales presentan espectros discontinuos ó gaseosos, revelándose como vastos semilleros de soles y planetas. Mas esta teoría, que explica las creaciones particulares, no se remonta, ni pretende remontarse al origen del Universo.

5º La teoría de Laplace es un poema en el que aparecen como protagonistas las fuerzas naturales; pero quien descorra el velo que cubre el misterio de la acción, descubrirá seguramente al Eterno Artífice en la inmensidad del *plan*, en el *armonioso encañamiento* de las causas y los efectos, en la *belleza* incomparable del conjunto, y, sobre todo, en el *designio* que la obra presupone y que vemos confirmado en nosotros mismos. Así en la Iliada los aparentes protagonistas son los héroes griegos y troyanos; mas por encima de ellos se mueven las deidades invisibles y Júpiter decide del éxito de las batallas y del destino de los hombres.

He aquí que una inmensa nebulosa se forma en el Espacio como una nube en el horizonte. Los sabios la examinan, ¿y qué ven en ella? Nada más que una masa confusa de gases en estado de ignición. . . . . ¿Quién diría que de esa masa caótica van á salir sistemas planetarios, mundos semejantes al nuestro, continentes, mares, montañas, ríos, bosques, animales, hombres, imperios, ciudades, templos magníficos, etc., etc.? ¡Y sin embargo, nuestro sistema planetario no tuvo otro principio! ¡Allí no había nada, nada, sino substancia cósmica, enjambres de átomos, semilleros de moléculas en ignición; pero en cada átomo, en cada molécula, estaba reflejado el pensamiento de Dios, y todas las cosas salieron de esa nada, como sale del informe bloque de mármol que el cantero arrancó de la cumbre del Himeto ó de las minas de Carrara, la estatua preciosamente modelada que pregoná la gloria del artista y hace resonar su nombre en las futuras generaciones!

## CAPITULO IV.

## LA EVOLUCIÓN DE LAS FORMAS.

1º Exposición de la teoría.—2º Los cristales.—3º Las plantas.—4º Mórneras y células.—5º Origen de las especies animales.—6º Los antecesores del hombre.

1º Hemos visto surgir el mundo del seno de una ardiente nebulosa, cubrirse de vegetación con el transcurso del tiempo, y aparecer, por último, sobre la superficie el hombre, el orgulloso *rey de la naturaleza*.

La Biblia nos presenta á Adán lleno de todas las gracias espirituales y corporales, en un jardín de la Mesopotamia, entre el Eufrates y el Tigris. La ciencia ha deshecho ese mito, mostrándonos al Adán prehistórico en el bruto de las cavernas.

"Natura nõ marcha á saltos," dijo ha siglos Aristóteles. El reino mineral produjo por *transformación* al vegetal y éste al animal.

2º Las formas más perfectas del reino mineral son los *cristales*. Sabemos la tendencia que tiene la materia á cristalizarse en seis tipos fundamentales: el cubo, los dos prismas rectos, los dos prismas oblicuos y el romboedro. Tales son los humildes orígenes del mundo orgánico. La naturaleza marcha de lo simple á lo compuesto, de lo sencillo á lo complejo. Los cristales crecen por *yuxtaposición*, esto es, por agregación de moléculas, que se superponen obedeciendo á la fuerza directriz interna, contrabalanceada por la influencia del medio, la temperatura, la presión atmosférica, etc.

"Se ha querido ver —dice Haeckel— una prueba contra el origen poliédrico de las especies en la configuración matemática de los cristales. Los cristales, se arguye, están limitados por superficies planas que se cortan con arreglo á líneas rectas y ángulos constantes y mesurables, en tanto que en los vegetales y animales la forma parece desafiar toda determinación geométrica. Pero, recientemente, los radiolarios y muchos otros protistas nos

han hecho conocer un gran número de organismos inferiores cuya forma puede reducirse, como la de los cristales, á una configuración matemática limitada por superficies y ángulos claramente geométricos."

3º El reino mineral, sin embargo, no puede ofrecernos más que *formas muertas*. Lo que llamamos *vida* por primera vez se manifiesta en las formas vegetales más rudimentales que crecen de dentro para fuera, y se multiplican por generación, sexuada ó asexuada. ¿Cómo se realiza este prodigio? Los defensores de la teoría mosaica hablan de *creación*, los materialistas de *generación espontánea* y los espiritualistas de *fuerza vital*. El hecho es que la tosca materia, hasta entonces sometida á las leyes físico-químicas, cae bajo el dominio de otras leyes y principia á organizarse conforme á un plan más complicado. Fenómeno singularísimo: la evolución se opera siempre en sentido *ascendente*.

"Las plantas primitivas —dice Flammarion— estaban desprovistas de flores. Su nombre de *criptógamas* (bodas ocultas), simboliza perfectamente su estado. Pero bien pronto la naturaleza inquieta se eleva á un ideal más poético, á la par que más sensible. De las *criptógamas* saldrán las *fanerógamas*, como de los invertebrados salieron los vertebrados. Va á nacer el pistilo, lo buscarán los estambres, y el polen, ese polvillo fecundo cuyo receptáculo es la antera, llegará á despertar el lóbulo virginal, húmedo de emoción, á transformarlo en planta por virtud de un contacto misterioso. La vida pasa del hongo á la rosa; la arcilla, la masa, va hacia el ángel."

La famosa palmera *hembra* de Otranto nos ofrece un grado más de evolución en las plantas, caracterizado por la separación de los sexos.

El individuo vegetal es un compuesto de millares de partículas, de células, cada una de las cuales tiene vida propia. Los vegetales nacen, se desarrollan, se reproducen y mueren casi como nosotros. La planta respira, come, bebe y duerme.

La *drosera* es casi un animal. "Puede dársela á comer carne cruda ó asada ó fragmentos de huevos duros, de cartilagos y aun de huesos —dice Flammarion;— no desdena nada." Esta planta carnívora está armada de una multitud de tentáculos. Cuando un insecto se posa sobre una hoja, estos tentáculos descienden con lentitud traidora sobre él y lo aprisionan, arrastrándolo al centro de la misma, donde una secreción viscosa lo baña y lo mata. Des-

pués, la drosera lo devora, y, merced á un jugo gástrico, se lo asimila, segregando una especie de pepsina semejante á la que segregan algunos animales.

La tierna *sensitiva* se estremece y se cierra al sólo roce de nuestro pie. La *aldrobandia* y la *psiquicula* poseen nervios y músculos rudimentarios, y ciertas plantas —como observa el naturalista — en la época de la floración tienen sus períodos de *fiebre* y hasta se hacen luminosas, como la caléndula y la capuchina.

El examen de un vegetal nos prueba que los tejidos leñosos se han ido transformando paulatinamente en musculares y que la sangre no es más que *savia animalizada*.

4.º Las ciencias naturales nos enseñan que la vida animal principió en el fondo de los mares.

Las *móneras*, que se encuentran á enormes profundidades oceánicas y en el agua dulce, aún no son formas organizadas, sino una materia sin estructura, homogénea, algo así como un grumo mucilagoso dotado de movimiento que se reproduce dividiéndose en dos ó en cuatro partes que constituyen individuos independientes. Cuando uno de éstos adquiere la plenitud de su desarrollo, á su vez se divide, multiplicándose de este modo hasta lo infinito, pudiendo decirse que para ellas, las *móneras*, no existe la muerte. La *mónera bathybius haeckelis* se encuentra en los mares profundos, entre 12 y 24 mil pies, y tapiza el fondo de los mismos de regueros plasmáticos reticulados.

El organismo más rudimentario es la *célula*. Consta de un corpúsculo interno llamado *núcleo*, cuyo centro lo ocupa un corpúsculillo casi imperceptible, el *nucleolo*, y de una masa blanda, gelatinosa, el *protoplasma*. La célula independiente se llama *amiba*. A la aparición de otro núcleo la célula se divide en dos mitades por un estrangulamiento paulatino.

Nuestro cuerpo es un compuesto de células, que se reproducen de manera prodigiosa, ajustándose al tipo de la especie. Estas células son á nosotros lo que las moléculas á los cuerpos inorgánicos.

5.º Los tres reinos naturales están unidos por fuertes eslabones.

Las algas han sido clasificadas indistintamente como vegetales y animales. “En los últimos límites de la vida —dice Flammarión— encontramos seres que parecen dormir en los limbos in-

decisos de los dos reinos. Esas mudas criaturas que flotan en el elemento líquido, esas anémonas, esas medusas, esas madréporas, esas confervas, esas algas, todos esos protófitos, esos zoosporos, esos zoófitos, ¿qué son? ¿á qué reino pertenecen? Millones de siglos antes de que apareciese el hombre en la superficie del globo, esos enigmas vivientes soñaban ya dormidos en los confines de los mundos inorgánico y orgánico.”

Es lógico pensar que la gran vitalidad que encerraba la tierra recién formada, merced al calórico acumulado en sus entrañas, debió desbordarse, como sucede en los cuerpos jóvenes, favorecida por una atmósfera más densa y un sol más esplendoroso. Esta hipótesis parece confirmada por la geología y la paleontología, que nos hablan de una vegetación gigantesca, incomparablemente más lujuriosa que la de las selvas del Brasil, y de una animalidad también colosal, cuyos restos se exhiben en los museos. De aquella época datan los *laberintodontes*, ranas tan grandes como los elefantes, y unas especies de batracios de tamaño desmesurado. La vida, pues, debió desarrollarse con increíble rapidez, transformándose las especies de manera prodigiosa.

Los sexos estuvieron en un principio confundidos, como si la naturaleza precavida, considerando á sus rudimentarias criaturas incapaces de reproducirse, no hubiera querido dejar nada al acaso. El hermafroditismo era la ley general de la creación. Aún hoy carecen de sexo los organismos inferiores, como los radiolarios, los crustáceos fosforescentes, los pólipos, las esponjas, las bacterias, etc. Las luciérnagas y otros insectos también son hermafroditas.

En la formación de las especies han entrado en juego varias causas: la fuerza directriz interna (herencia), que tiende á conservar el tipo, la influencia del medio, que lo modifica y selecciona, y el cruce, que origina formas intermedias.

El individuo es hijo del medio en que se ve forzado á vivir. La ley divina lo requiere así. Los negros no son negros ni tienen los cabellos ensortijados y ásperos por un capricho de la naturaleza, sino por la influencia de su país de origen.

Lamarck supone que la jirafa tiene el cuello largo por los esfuerzos que hacía para alcanzar los alimentos, cada vez más altos, pues es sabido que este animal, hijo de los suelos africanos, se sustenta de los retoños y de las hojas tiernas de las palmeras.

Los bueyes y otros cuadrúpedos tienen cuatro estómagos, porque el temor de ser atacados por las fieras les obligaba á pas-

tar rápidamente. Una vez en sitio seguro, estos animales, por una contracción de estómago, se volvían los alimentos á la boca, y entonces los masticaban, preparándolos definitivamente para la digestión.

Darwin ha demostrado que la falta de uso de un órgano ocasiona su atrofia, y que, en cambio, el ejercicio constante lo desarrolla y vigoriza extraordinariamente. Las alas del avestruz han quedado reducidas á simples "órganos rudimentarios," por haber perdido esta ave el hábito del vuelo. El estado de domesticidad ha vuelto colgantes las orejas de los perros, que en el estado salvaje se veían obligados á mantenerlas continuamente tiesas para conocer la aproximación del enemigo.

La fuerza directriz, modificada por las influencias exteriores y los cruzamientos, tiende á constituir formas más perfectas. El lápiz de la naturaleza, antes de dibujar la forma elegantísima del caballo, bocetó verdaderos monstruos. Los antecesores del toro fueron sin duda bestias más horrorosas que el búfalo; y por lo que respecta á nosotros, ningún placer tendríamos en reconocernos en nuestros salvajes padres, verdaderos monos cubiertos de espesas crines, de frente estrecha y hundida, nariz aplastada, etc., etc.

6º Los trabajos de Lamark y Darwin han establecido de manera positiva que el hombre no es más que un *mono perfeccionado*. Más tarde, Haeckel consideró al hombre moderno como descendiente de un tipo de monos *antropoides* (esto es, semejantes al hombre) extinguido hace muchísimo tiempo (el *homo primogenus*, *pithecantropus*, *alalus*, el intermediario entre el mono y el Adán de las cavernas). Este *pithecantropus* se distinguió de los demás monos antropoides catirinos por su costumbre de andar derecho; era mudo y de inteligencia muy rudimentaria. La hipótesis de Haeckel fué confirmada en 1894 por el hallazgo de los restos fosilizados del hombre-mono en la isla de Java.

Argumentos en favor de la teoría de Darwin abundan hasta fatigar la atención del lector. Cumple, sin embargo, advertir que lo que se mira como un descubrimiento moderno estaba ya consignado en las obras de los filósofos hindos y en los cantos de los poetas galos.<sup>1</sup>

1 "Existiendo de toda antigüedad en el seno de los vastos océanos—decía el bardo Taliesin— no he nacido de un padre y una madre, sino de las formas elementales de la naturaleza, de las ramas del abedul, del fruto de las selvas, de las flores de la montaña. He jugado en la noche, he dor-

## CAPÍTULO V.

## EL FLUIDO VITAL

1º La fuerza creadora y conservadora.—2º El “alma vegetal” y el “alma animal”.—3º Qué es la fuerza vital.—4º Por qué se muere.—5º El “espíritu de vida”.

1º “Cuando se estudia la evolución completa de un sér vivo —dice Claudio Bernard,— se ve claramente que su existencia es la consecuencia de una ley organogénica que preexiste en una idea preconcebida y que se transmite por tradición orgánica de un sér á otro”.

¿Qué extraña fuerza no sólo organiza el individuo, sino que tiende á conservarle, reponiendo sin cesar las células gastadas y reconstituyendo los tejidos? ¿Por qué prodigio se mantiene el tipo de la especie y se conservan las tradiciones hereditarias de la raza?

Este fenómeno se observa lo mismo en los vegetales que en los animales. ¿Quién creería que en una semilla *está idealmente contenido* el árbol futuro? Sin embargo, tal es la realidad.

2º Lo que llamamos materia, posee un *alma*<sup>1</sup> rudimentaria, inconsciente, que se revela en las diversas propiedades de los cuerpos.

El *alma vegetal* organiza la planta, la sobrevive, se depura, y reaparece en los peldaños inferiores de la escala zoológica. Emigra á través de todas las formas animales, engrandecida por el dolor, iluminada por la inteligencia, y alcanza finalmente al hom-

---

mido en la aurora; he sido víbora en el lago, águila en las cumbres, lobo cerval en los bosques. Después, marcado por Gwyon (el Espíritu divino), por el sabio de los sabios, he adquirido la inmortalidad. Largo tiempo he vagado por la tierra antes de conquistar la ciencia. Por fin he brillado entre los jefes superiores. Revestido con los hábitos sacerdotales, he sostenido la copa en los sacrificios. He vivido en cien mundos, me he agitado en cien círculos.” (*Triadas bárdicas*).

1 Fácilmte se comprenderá que el *alma* de que aquí tratamos es el *fluido magnético*, no el periespíritu, ni mucho menos el espíritu.

bre, la forma más bella de este mundo. Pero el *alma animal*, la que ha organizado nuestro cuerpo, la que le ha dotado de órganos para la nutrición, la reproducción, etc., no es el *alma espiritual*, nuestro verdadero "yo". Esa alma es *inconsciente, instintiva, sexual*; convive con su hermana celeste durante la vida, y vuelve al seno de la naturaleza, para organizar nuevas formas. ¿Quién dirá que no existe esta alma ciega, instintiva, brutal á veces, siempre apasionada, y en ocasiones grande, como en la maternidad? En esta alma incógnita es donde dejan su huella las virtudes y los vicios, que se revelan luego como *instintos*, y así pueden heredarse el morbo del crimen, el del sensualismo, etc., sin que el alma verdadera tenga nada que ver con estas cosas.<sup>1</sup>

3º La fuerza vital no es una entidad abstracta ó sobrenatural, sino una modificación de la energía cósmica, una propiedad de la substancia anímica, del *fluido magnético*. Es la *fuerza directriz interna* de que hablamos en el capítulo pasado, que se modifica acomodándose el medio; pero que, transmitida al germen, tiende á conservar los rasgos característicos de la especie.<sup>2</sup>

4º "Todo lo que tiene vida —dice Delanne— nace, crece, se reproduce y muere. Exceptuando los casos de accidentes ó de enfermedades, que destruyen irremisiblemente los tejidos, ¿cómo se explica que el sér decline y llegue paso á paso á la disolución total?"

---

1 Mr. G. Delanne supone que el periespíritu es el patrón ó modelo del cuerpo físico. Consideramos equivocado en este punto al ilustre escritor. ¿Qué tiene de común el instinto que impele á dos cuerpos á ayuntarse para formar un tercero con el periespíritu, que no tiene sexo, y que, por lo tanto, no participa, sino por reflejo, de la naturaleza animal? El periespíritu, además, carece de forma determinada.

El Espíritu, actuando sobre el fluido magnético, desarrolla los órganos por donde se manifiesta (el cerebro, el cerebelo, la médula espinal, el sistema nervioso, etc.). Los demás órganos, que se refieren á la *conservación del individuo* (los pulmones, el estómago, etc.) y á la *conservación de la especie* (órganos generativos), deben ser atribuidos á ese otro obrero que hemos denominado "alma animal."

2 La *fuerza directriz* puede ser modificada por la fuerza de la imaginación de la madre sobre el feto. Los *antojos* no son quimeras, aunque los nieguen algunos fisiólogos. Conocemos una señora que, habiéndose enamorado durante su preñez de un cromó que representaba un precioso recién nacido, y habiéndolo colocado en lugar visible de su casa para verlo con frecuencia, logró imprimir en su hijo los rasgos característicos de las facciones de aquél.

“Si admitimos que hay en la cédula fecundada una cantidad determinada de fuerza vital, todo se hará comprensible.

“Si arrojamus una piedra al aire, le comunicamos la fuerza de nuestros músculos, y, no obstante la gravedad que la atrae hacia el centro de la tierra, se eleva rápidamente hasta llegar á donde quedan equilibradas las fuerzas de impulsión y de atracción; luego, prepondera esta última, y la piedra desciende á su punto de partida, habiendo consumido en la trayectoria toda la fuerza que se le comunicó.

“En los seres puede concebirse que pasa algo semejante. El depósito de energía potencial, proveniente de los padres, que se halla en la célula original, se transforma en energía actual á medida que se organiza la materia; esta acción es muy enérgica al principio: la asimilación es más rápida que la desasimilación: el sér crece; se establece el equilibrio entre las pérdidas y las ganancias: es la edad madura: el cuerpo permanece en *statu quo*; viene, por fin, la vejez, la fuerza vital va agotándose, los tejidos no se reparan lo suficiente: la muerte sobreviene, el sér se disgrega y la materia vuelve al mundo inorgánico.”

5.º “Una de las más notables propiedades del *espíritu de vida*—dice Delaage refiriéndose al fluido magnético— es su potencia generatriz. Por haber reconocido en él esta incontestable propiedad le fué dado por los filósofos herméticos el nombre de “fuego generador.”

“Así este espíritu es no solamente carne cuando atraviesa la carne, y hueso cuando atraviesa los huesos, sino que, además, se encuentra desarrollado en todas las partes de las cuales es esencia vivificadora.

“Las ideas, las impresiones y las acciones dejan á una su huella en el organismo humano, organismo que los padres transmiten á sus hijos, invariablemente parecido al suyo en la forma y en la substancia, y enriquecido además con todos los progresos de que lo han dotado en la vida ó deteriorado por todas las alteraciones que le han dejado sufrir.”

Recordemos que bajo la influencia del fluido magnético se precipita el crecimiento de las plantas, y que, merced á este sopro divino, las entidades del Espacio han *creado* flores, frutas, etc. . . . Existe, pues, un principio de afinidad entre los animales y las plantas que no conviene perder de vista en el estudio de esta clase de fenómenos.

## CAPITULO VI.

## LA EVOLUCIÓN PERIESPIRITUAL.

1º El periespíritu.—2º Su utilidad en los fenómenos de la vida.—3º Su unión al cuerpo físico.—4º La memoria de las vidas.

1º Paralelamente á la naturaleza tangible se desarrolla otra naturaleza invisible.

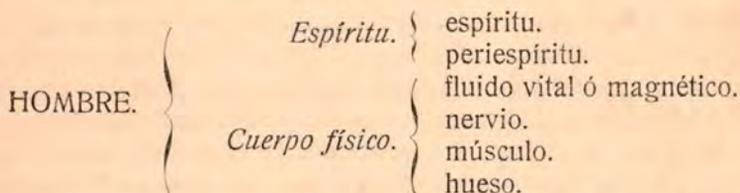
Querer limitar á tres reinos la evolución del cosmos es insensato. Pues ¡qué! la naturaleza infinita al crear al hombre ¿creyó que se había excedido á sí misma y dió por terminada su misión? El mundo suprasensible nos reserva muchas sorpresas todavía. Las enseñanzas de la metapsíquica, unidas á las ideas que tenemos de la infinidad de la creación, nos permiten suponer, mejor dicho, asegurar, que sobre el hombre existen millares de millones de seres desconocidos, diseminados en los diversos mundos y en los espacios interplanetarios; seres incalculablemente superiores á nosotros y de cuya naturaleza no podemos tener ni la más leve idea. Estos seres han pasado, como el bardo Taliesin, por todas las formas elementales; han sido víboras en el lago y águilas en las cumbres, y hoy brillan entre las constelaciones de *nirvanakayas* ó Espíritus supremos, revestidos de su cuerpo glorioso ó *anandamayakosha*. Es propio de niños ó de locos tomar el horizonte visual por límite del mundo.

La existencia de un cuerpo fluídico que sobrevive á la envoltura física ha sido plenamente demostrada conforme al método positivo. En este cuerpo fluídico residen la inteligencia, el sentimiento y la voluntad, facultades que durante tanto tiempo han sido atribuidas al cerebro. Es el "cuerpo astral" de los ocultistas, la "envoltura angélica" de los primitivos padres de la Iglesia y el "mediador plástico" de los psicólogos. Durante su unión al cuerpo físico reproduce exactamente la forma de éste; pero en realidad no tiene forma determinada. Algunos suponen que, por lo regular, afecta la forma de un núcleo rodeado de una masa de apariencia gaseosa, lumínica ó radiante. En ese núcleo reside el "yo," el incomprendible espíritu.

El periespíritu es *materia quintaesenciada* y procede, como todas las cosas, de la substancia constitutiva del Universo. Posiblemente es una sutilización del fluido magnético. Muy denso y obscuro en los Espíritus inferiores, se depura y abrillanta á medida que los seres se desprenden de la materia y evolucionan hacia Dios.

2º El periespíritu desempeña un papel importantísimo en los fenómenos de la vida. Él es el que, en unión del fluido vital, sirve de intermediario entre el espíritu y la materia bruta. Sin él la voluntad no lograría conmover un solo músculo y las impresiones del mundo externo se perderían en el vacío.

El siguiente cuadro nos aclarará este concepto:



“Natura no fæcit saltus,” dijo Aristóteles, y aquí tenemos una vez más patentizada esta verdad. El fenómeno del movimiento recorre toda una escala graduada, desde el espíritu hasta el hueso, desde lo más sutil hasta lo más grosero. El fluido vital sirve de *palanca* para levantar la mole de carne. Así se explica que los Espíritus desligados del cuerpo físico sean incapaces de mover la más ligera pluma, para lo que han menester de los fluidos de un medium. El espíritu mueve el periespíritu, el movimiento se propaga al fluido vital y de éste se comunica al nervio que acciona sobre el músculo de que depende el hueso. Por este procedimiento, en el fondo tan sencillo, nos basta querer para levantar una mano ó un pie.

3º La afinidad del periespíritu, principio inferior del Espíritu, y del fluido magnético ó vital, principio superior del cuerpo físico, hace posible la unión del Espíritu á la carne. Las moléculas del periespíritu se *entrelazan* con las vitales formando una malla ó tejido espeso; no se *mezclan* ó *confunden*. Este lazo es factible; lo vemos en la misma química. El agua es una combinación de hidrógeno y oxígeno. Estos dos gases conviven, por decirlo así, en la gota de agua sin perder su autonomía. Sus moléculas se com-

binan para formar el agua ó el aire, pero conservan su integridad cualitativa y cuantitativamente. Tal sucede con el periespíritu y el fluido vital. Esta unión es más íntima en el cerebro y en el sistema nervioso, en la glándula pineal y en los grandes plexus simpáticos. Cuando sobreviene la muerte, el lazo *se desata, no se rompe*. Las personas que viven materialmente, estrechan ese lazo de tal manera que en la hora de la muerte sufren mucho, porque la separación se prolonga y en vano se esfuerzan por desprenderse de un cuerpo que les retiene con mil groseros nudos, hasta que éstos por sí solos se aflojan y deshacen.

4º El periespíritu es el archivo de la inteligencia; en él radica la memoria de las vidas. El *acto de recordar* pertenece, en verdad, exclusivamente al espíritu; así es que el periespíritu es sólo un vasto almacén donde se conservan los tesoros de la experiencia y la sabiduría. Las pasiones dejan también su huella asquerosa en este cuerpo que, testigo de nuestros actos, nos recuerda sin cesar nuestras culpas, como el esclavo que en Roma iba detrás del carro del vencedor gritándole: "¡Acuérdate de que eres hombre!"

Muchos actos *instintivos* y no pocas *intuiciones* ó *inspiraciones* reconocen como causa restos de sensaciones aparentemente olvidadas ó conocimientos adquiridos en otras existencias.

Los goces materiales contaminan nuestro cuerpo fluidico, que los pensamientos nobles purifican y las buenas acciones ilustran. El periespíritu, en el primer estado, es el cuerpo "pasional" de los teósofos, el centro de los deseos animales, y en el segundo, es el *anandama-yakosha* glorioso de los hindos, la envoltura celeste de los ángeles. Debemos, pues, apartar la mente de los deleites efímeros de la materia y fijarla en los bienes eternos del espíritu. *El premio lo hallaremos en nosotros mismos.*

El diablo está en mí.

Sinceramente.

G.C.

27/5/74

## CAPITULO VII.

## LA EVOLUCIÓN DE LA INTELIGENCIA.

- 1º Los cuerpos brutos.—2º La sensibilidad y el instinto en los vegetales.  
 —3º La inteligencia en los animales.—4º Pruebas metapsíquicas de la existencia del Espíritu en los animales —5º El hombre primitivo.  
 —6º La evolución del cerebro.—7º Metempsychosis.

1º A medida que la materia se depura y sutiliza, se manifiestan por medio de ella las potencias espirituales.

Los cuerpos brutos, los minerales, se nos presentan desprovistos en absoluto de sensibilidad; obedecen únicamente á las leyes físicas y químicas; se atraen por la razón de la densidad de sus masas y crecen por yuxtaposición. Nada hay en ellos que nos revele un principio de insubordinación contra las leyes preestablecidas, sino la obediencia ciega, el acatamiento absoluto á las fuerzas que los gobiernan. Podremos herir durante toda una eternidad á una piedra sin que dé señales de dolor ó intente rehuir el daño, á menos que no se transforme y aparezca en ella *un espíritu*.

2º Este espíritu se presenta rudo, vago, indistinto, en el vegetal. Las plantas nacen, se desarrollan, se multiplican y mueren casi como nosotros; respiran por sus hojas, buscan el alimento en la tierra, parecen alegrarse cuando la lluvia las baña, se vuelven hacia la luz, como el girasol, aprisionan y matan á los insectos, como la diónea atrapa-moscas, se cierran, como la sensitiva al sólo roce de nuestro pie, duermen en la noche y se despiertan con la aurora, etc.

“Entre las ruinas de New-Abbey,—refiere Mr. Flammarion,—en el camino de Galloway, crecía un arce en medio de un antiguo muro. Allí, lejos del suelo sobre el cual se alzaba unos cuantos pies el montón de piedras que le servía de base, nuestro pobre arce se moría de hambre, hambre de Tántalo, puesto que al mismo pie del árido muro se extendía excelente y nutritiva tierra.

“¿Quién podría describir los sordos estremecimientos del sér

vegetal que lucha contra la muerte, sus tormentos silenciosos, sus mudas congojas? ¿Quién podría referir aquí, en particular, lo que pasó en el organismo de nuestro pobre mártir? ¿Qué atracciones se establecieron, qué facultades se aguzaron, qué leyes inferiores se revelaron y qué virtudes, en fin, nacieron? Lo cierto es que nuestro arce, enérgico y esforzado cual ninguno, deseando á toda costa vivir, y no pudiendo hacer que la tierra llegase hasta él, marchó, él, inmóvil y encadenado, hacia aquella tierra lejana, objeto de sus deseos.

“¿Marchó, decimos? No; se estiró, se alargó, tendió un brazo desesperado; brotó una raíz improvisada por las circunstancias, nacida al aire libre, enviada como una gracia del cielo, y dirigida hacia la tierra que al fin alcanzó. ¡Con qué alegría penetró en ella! El vegetal se había salvado. Alimentado por aquella nueva raíz, dejó morir la que en vano había dirigido por entre los escombros, y luego, enderezándose poco á poco, abandonó las piedras del viejo muro para vivir sobre su órgano libertador, que muy pronto se transformó en un tronco verdadero.

“¿Qué podríamos decir —termina Mr. Flammarion— de esta perseverancia? ¿No es verdad que este instinto se parece mucho al instinto animal, y aun, podemos decirlo, á la voluntad del hombre?”

Si el instinto se bosqueja apenas en la planta, en cambio la sensibilidad se desarrolla de manera admirable.

“Agitada sin cesar por la delicadeza de sus órganos —escribía Darwin— la *casta-mimosa* teme al más ligero contacto. Se alarma cuando una pasajera nube le oculta los rayos del sol; al menor viento, tiembla y se esconde por temor al huracán; al acercarse la noche, entorna los párpados, y, cuando un apacible sueño ha refrescado sus encantos, se despierta y saluda á la aurora.”

Añadamos á esta hermosa descripción que, según observa Pouchet, los narcóticos la insensibilizan lo mismo que á nosotros; que, rociada con opio, se aletarga, y que una descarga eléctrica la mata.

Este capítulo se haría interminable si intentáramos exponer todos los hechos en que se basan los filósofos para soponer que, ese reino que parece dormir en espera de una perfección mayor, posee ya un *alma embrionaria*, un alma ansiosa de libertad, de progreso, enamorada de la luz, é inmortal en esencia, llena de todas las gracias del espíritu, que no tardará en desplegar, como la

mariposa las alas al romper su cárcel, que es á la vez su tumba, su cuna y su Tabor.

3º En las especies inferiores de la escala zoológica podemos observar el desenvolvimiento gradual de la inteligencia.

A la altura en que se encuentran hoy la ciencia y la filosofía —para siempre divorciadas del dogmatismo eclesiástico— es imposible aceptar la hipótesis de Descartes, que considera á los animales como simples máquinas, ni la de los Escolásticos, que reconocen en ellos únicamente el *instinto*, una especie de alma mortal inventada sólo para aislar al hombre del resto de la creación.

Las mismas razones que militan en favor de la existencia del Espíritu en el hombre, pueden ser formuladas en apoyo de la teoría que reconoce un principio inmortal en los animales.

Sépanlo aquellos que, envanecidos de su naturaleza superior, miran con desprecio olímpico á los desgraciados seres á quienes torturan y matan: *el Espíritu de la bestia sólo difiere del del hombre en grado de progreso, no en naturaleza, que es la misma.*

Como el patán convertido en gran señor por los azares de la fortuna se ruboriza al recordar su modesto origen, y, á fin de alternar con las familias de nobleza rancia, compra ó falsifica pergaminos, se constituye un abolengo ilustre y pretende desconocer hasta á sus mismos progenitores, así el hombre, patán salido de la nada, espíritu de orgullo dentro del cuerpo de un bruto, avergonzado de su humilde cuna, se inventa un origen divino, habla de pañales celestes, tejidos por el mismo Dios, se finge objeto de una creación especial, y exige que le rindan homenaje, culto, adoración, las infelices víctimas de su desenfrenado egoísmo.

Es verdad que existen especies destituidas de conciencia —á lo menos, consideradas desde nuestro punto de vista;— pero éstas se encuentran en los peldaños inferiores de la escala animal, en las fronteras mismas del reino de las plantas; mas, ¿quién será capaz de negar cierta reflexión al perro —el compañero, el amigo del hombre,— al elefante —ese coloso de alma de niño,— al mono, al caballo, etc.? No participan por cierto de la opinión de Descartes los ingenuos campesinos, que riñen, acarician ó castigan á las bestias, con las que conviven, sin que abriguen la menor duda acerca de la inteligencia de las mismas. Leed las encantadoras anécdotas que, respecto de los elefantes, refiere Jacolliot en su *Viaje al país de las bayaderas*; consultad á Buffon, á Dar-

win, á casi todos los naturalistas, que describen con sencillez inevitable las costumbres de los animales, sus trabajos, sus amores, sus luchas, sus padecimientos; recoged, en fin, cuantos datos os vengan á mano, sumad á ellos vuestras propias observaciones, y decid luego si asisten ó no á los brutos (llamémosles así) las mismas razones que á nosotros para aspirar á la inmortalidad. Su alma es ruda, grosera; en ella el instinto casi absorbe á la inteligencia; pero es noble, intrépida, sincera, y, en algunas especies, hasta reflexiva.

El error —ó la manía— del hombre consiste en querer apreciar á los animales por las ideas que él tiene de sí mismo y de la naturaleza. “¡Qué mundo de sensaciones tan diferentes de las nuestras! —exclama Mr. Flammarion.— Es indudable que el perro posee facultades cuya naturaleza ignoramos de todo punto.” Otro tanto se puede decir de las aves, que poseen un sentido que las permite orientarse mejor que si dispusieran de una brújula.

¿En qué se apoya, pues, la teoría que niega alma, inteligencia y voluntad á los animales y diviniza al hombre? Ese exclusivismo no debe maravillarnos, si tenemos en cuenta que un Concilio verificado en la Edad Media negó que las mujeres tuviesen alma y que el mismo Santo Tomás declaró que, “siendo nuestra dulce compañera un sér accidental é imperfecto, no pudo entrar en el plan de la creación primitiva.”

4º En las sesiones espíritas se han manifestado Espíritus de perros y de otros animales. La *Revue Spirite* de 1894 refiere la aparición de un galgo que fué reconocido por su propietario el conde de Luvoff. La misma *Revue* había ya narrado un caso semejante en 1865. Algunos de estos Espíritus se han materializado hasta el punto de impresionar la placa fotográfica.

M. Dassier refiere el siguiente caso:

“Hacia la mitad de la velada (esto sucedía en Burdeos, á fines de 1869), uno de los presentes, habiendo visto una araña, se dirigió á ella y la aplastó con el pie, y en el mismo momento gritó la sonámbula: “¡Calla, veo el Espíritu de la araña que se escapa!” —“¿Cuál es la forma de ese Espíritu?”— preguntó el magnetizador. —“La de la araña”— respondió la vidente.”

5º El descubrimiento de las cavernas prehistóricas y el hallazgo de huesos humanos, armas de piedra, flechas y diversos utensilios en las capas geológicas terciaria superior y cuaternaria inferior, nos alumbran respecto á la naturaleza y al género de

vida del hombre primitivo. ¿Quién podría describir en elocuente lenguaje las luchas y padecimientos de aquel pobre sér desnudo ó miserablemente vestido con cortezas de árbol ó pieles de animales, que vivía en lóbregas cavernas, que no conocía el fuego y apenas principiaba á articular sonidos; <sup>1</sup> de aquel salvaje, suelto como Adán en medio de un Paraíso, pero sin ángeles que velasen su sueño, y en continua lid con las fieras, contra las que sólo poseía su hacha de piedra y su inteligencia superior? ¿Quién podría al mismo tiempo pintarnos la espantosa deformidad de aquel hombre-mono, su fiereza sin igual y su torpe lascivia? ¿Quién creyera que nosotros somos los descendientes de aquella bestia que acechaba detrás de un árbol á su enemigo, le destrozaba á hachazos el cráneo, corría luego á su caverna y ebrio de sangre y de amor le usurpaba el lecho al lado de su hembra favorita? De entonces acá, ¡cuánto ha evolucionado la especie humana física, moral é intelectualmente! Basta fijar la vista en uno de esos desdichados antropófagos del bajo Marañón —incomparablemente superiores al hombre primitivo— para comprender la distancia que nos separa de la animalidad. . . .

6º Esta evolución magnífica puede seguirse en el desenvolvimiento del cerebro. En los animales inferiores no existe; pero se advierte algo así como un centro de actividad psíquica. Las bacterias, los radiolarios, los crustáceos fosforescentes, los pólipos, las esponjas, etc., no tienen cabeza, carecen de sentidos, y

---

1 El lenguaje y la escritura son frutos de la evolución de la inteligencia, no gracias ó dones especiales del cielo. El hombre primitivo principió por imitar el ruido del trueno, el rumor de las aguas, el estrépito de las cataratas, los silbidos del viento, los gorjeos de los pájaros, etc., y, ayudándose de la mímica, logró hacerse entender de sus semejantes. Prueba de ello es el sinnúmero de voces onomatopéyicas ó imitativas con que cuentan los modernos idiomas.—En cuanto á la escritura, el hombre principió por *dibujar* toscamente los objetos á que deseaba referirse. "Los incas —dice Büchner— representaron la llegada de los españoles por medio de un cisne que nadaba hacia la orilla arrojando llamas por la boca. En este dibujo, el color del animal, su cuerpo flotante y el fuego que arrojaba, significaban el color, los navíos y las armas de los conquistadores." La escritura *jeroglífica* se transformó en *ideográfica*, al reunirse varios dibujos para expresar un concepto; luego en *fonética*, al aparecer signos ó imágenes convencionales con un significado especial; y, por último, en *alfabética*, al inventar los egipcios ó los fenicios las letras, estos, signos acomodados á cada uno de los sonidos guturales, dentales ó palatales que constituyen el lenguaje.

son, por lo tanto, ciegos, sordos y mudos. A medida que los animales se aproximan al hombre, el sistema nervioso se ensancha y ramifica y el cerebro aumenta en volumen y peso, ganando á la par en estructura. En el hombre, la máquina cerebral es verdaderamente maravillosa; ningún órgano ofrece mayor número de aparatitos ni más variedad de formas. "En el cerebro —dice Hunschke— encontramos montañas y valles, puentes y acueductos, vigas y bóvedas, tenazas y escardillos, garras y árboles, haces ó gavillas, aspas y tenedores tónicos. Nadie ha podido hasta ahora averiguar la significación de estas singulares formas."

Estudiando la evolución del cerebro á través de las especies animales, se llega á la firme convicción de que el perfeccionamiento de este órgano se debe exclusivamente á la actividad del espíritu.

Según las revelaciones del Espiritismo, confirmadas por el estudio comparado de la inteligencia en los animales, la evolución de nuestro Espíritu no principió aquí en la tierra: viene de muy lejos. <sup>1</sup>

---

1 Antes de que este mundo existiese, ya nuestra alma existía en alguna parte, porque este mundo es *relativamente joven* y la adquisición de la inteligencia revela una lucha de *millares de millares de siglos*.

"Si pensamos —dice Lesley— en lo que eran las armas, instrumentos, etc., del hombre primitivo, aún aumentará nuestro asombro respecto á cómo pudo la civilización hallar su objeto y su punto de partida."

Hay que tener en cuenta que, entre todos los animales, el hombre es el único que ha realizado semejante prodigio y que aún hoy continúa solo en el camino de la perfección. ¿Por qué se distinguió el *pithecanthropus* de los demás monos antropoides? ¿Por qué los otros monos á su vez no se perfeccionaron? ¿Qué conjunto de *casualidades* ha hecho del hombre el rey de la naturaleza? Las abejas fabrican hoy sus panales como en tiempos de Salomón, y, si Kalidasa y Valmiky resucitaran, no encontrarían novedad alguna en la inteligencia de los elefantes y caballos, nuestros contemporáneos ó antecesores en la población del globo. Han progresado, sin embargo; mas su progreso ha sido tan insensible que un mono de los tiempos prehistóricos poco ó nada tendría que envidiarle al simio más respetable de nuestras colecciones zoológicas.

Kardec supone, no sin fundamento, que, cuando este mundo estuvo en condiciones de ser habitado, los Espíritus irracionales prepararon el camino á los dotados de razón, de los cuales los más inferiores —como el Unumán del *Ramayana*— tuvieron que encarnar en cuerpos de monos.

Tal es el caso del Robinson de Daniel de Föe, que, perdido en una isla desierta, principia por dormir en las ramas de los árboles y alimentarse de moluscos que encuentra adheridos á las peñas, luego se constru-

7º Hemos visto la inteligencia desenvolverse desde el tosco mineral, inerte en la apariencia, hasta el hombre, objeto final de nuestros estudios. El Espíritu humano, pues, no ha sido creado puro, hermoso, brillante, casi divino, como afirma Moisés en el Génesis, ni ha emanado de Dios perfecto, omnisciente, todopoderoso, como suponen algunas escuelas filosóficas, sino que se ha adquirido lenta y trabajosamente con el transcurso de millares de siglos, emigrando de una forma á otra, hasta alcanzar su presente estado, que no es sin duda el definitivo.

La doctrina de la *metempsicosis progresiva*, proclamada por tantos ilustres sabios antiguos y modernos, es sin duda la única racional, la única justa.

¡Cuán sublime se nos representa el Espíritu en su dolorosa ascensión hacia lo ideal! Cuanto más humilde ha sido nuestro origen, más orgullosos nos sentimos del progreso realizado y con más fervor continuamos la jornada, sabiendo ya de lo que somos capaces. No, no somos dioses venidos á menos ni ángeles caídos, sino simples criaturas que conquistan palmo á palmo la libertad y la luz, y que, sublimadas por el dolor y fortalecidas por la fe, aspiran con justo título á más gloriosos destinos.

---

ye una cabaña, descubre varias clases de frutas y legumbres, se vale de instrumentos de piedra, forma una huerta, un rayo que cae cerca de su albergue é incendia un árbol le proporciona el fuego, se viste de pieles de animales, fabrica vasijas de barro, etc., etc.

Existe una tradición muy respetable, según la cual los primitivos habitantes del globo fueron espíritus desterrados de una de las mansiones celestes por su materialidad y su orgullo. Esta tradición antiquísima se refleja en los Vedas, en los libros zendos y en la Biblia.

En el *Tchoon-Tsieoo* se lee: "Una noche las estrellas dejaron de brillar en los cielos, cayendo como lluvia sobre la tierra, *donde ahora se hallan ocultas.*"

Platón y Empédocles hablan también de la caída de las almas, que se convirtieron en hombres á causa de sus pecados.

## CAPÍTULO VIII.

## EL ESPÍRITU.

1º ¿Qué es el Espíritu?—Planteamiento del problema.—2º Inmaterialidad del espíritu.—3º El espíritu no es una propiedad del periespíritu.—4º Una hipótesis: la mónera espiritual.—5º Libre albedrío.—6º Eternidad del progreso y perpetuidad de la consciencia.

1º Pisamos ya las playas de un territorio desconocido, abrupto, inaccesible casi al pensamiento humano.

El sér que en nosotros piensa, siente, ama ó aborrece, lo que llamamos nuestro “yo,” nuestra “consciencia,” nuestro “espíritu,” en fin, constituye un problema de difícil, si no imposible resolución.

El periespíritu, cuya lenta evolución hemos seguido en anteriores capítulos, es una masa fluidica que rodea un núcleo, centro de la actividad psíquica superior, que representa algo así como el papel del cerebro en el cuerpo físico.

¿Puede concebirse el espíritu sin el periespíritu ó éste sin aquél? He aquí el problema. Planteémoslo de otra manera:

El espíritu, ¿es una entidad simple, inmaterial, ó no es más que un término colectivo que sirve para designar una serie de funciones del núcleo periespiritual?

Si el espíritu es lo primero, lógico es pensar que habita accidentalmente en su cuerpo fluidico. Si lo segundo, debemos considerarle como una propiedad inherente á éste.

2º La razón nos dice que el espíritu no es materia. Podremos depurarla, afinarla, sutilizarla hasta lo infinito; nunca la transformaremos en pensamiento, en conciencia, en voluntad. El *espíritu en sí* no tiene realidad objetiva; escapa á la geometría, carece de extensión, de profundidad, de cuanto cae bajo el dominio de los sentidos. La floración del pensamiento va acompañada de una intensa vibración periespiritual que se comunica al cerebro y se traduce en calor y hasta en luz; pero el pensamiento en sí no es materia ni siquiera un movimiento de la materia. “¿Qué tienen que

ver —dice Flammarion— las ideas de lo bueno y de lo bello, de lo justo y de lo injusto, con un triángulo isóceles ó un círculo?” ¿Qué el sentimiento del honor con la electricidad ó con la potasa y el carbón? El remordimiento que nos tortura, la duda que nos quebranta, el amor que nos sublima, ¿qué son en sí? Nada, y, en realidad, todo. Henos aquí delante de un universo interior, subjetivo, impalpable, intangible, metafísico, y el cual es, sin embargo, el verdadero, pues *en él vivimos, en él somos y en él nos realizamos*.

Nuestra inteligencia, que todo lo escruta, se estrella en el examen de sí misma. Se sale del paso diciendo que el cariño, el odio, la piedad, la modestia, el pudor, etc., son afecciones del cerebro, ó, cuando menos, corrientes de electricidad orgánica. . . . Mas, ¿quién no advierte que frases tan ampulosas nada significan, nada valen?

Hay en nosotros un centro de percepción permanente, una conciencia que oscila entre el bien y el mal; pero que, como la aguja imantada, se inclina naturalmente hacia su norte, que es Dios; una facultad creadora, llamada imaginación, cuyo gran almacén y taller es la memoria; y una voluntad, limitada sólo por la de los seres superiores y por la de Dios, que es infinita: he aquí, pues, lo que llamamos “espíritu.”

3º El cuerpo periespiritual está compuesto de moléculas y las mismas razones que se exponen para no considerar el espíritu como producto de las funciones del cerebro flúidico, pueden exponerse para considerarle distinto del núcleo flúidico.

Entendemos por *simple* lo que carece de partes. La simplicidad del espíritu, atma ó “yo,” se prueba por la identidad del sér que en nosotros *piensa, siente y quiere*. Nuestro cuerpo físico es un compuesto de células y nuestro periespíritu un agrupamiento de moléculas. Para dotar á uno ó á otro de las facultades espirituales, tendríamos que suponer que cada célula ó cada molécula es capaz de pensar, sentir y querer como el individuo en conjunto. Ni aun así, pues es sabido que las células y las moléculas tampoco son cuerpos simples.

No debemos, pues, referir al periespíritu los sublimes fenómenos de la conciencia.

4º *Inmaterialidad y nada* no son términos sinónimos. Entendemos por *materia* únicamente aquello que cae bajo el dominio de los sentidos, que tiene ancho, largo y profundidad y obe-

dece á las leyes fisico-químicas. La substancia en sí carece de partes, es simple, incorrupta, inextensa, indestructible. Luego el espíritu es, á nuestro juicio, una individualización de esta substancia.

¿Ha tenido el espíritu principio? Tal como le concebimos, en sus manifestaciones, *sí*; pero considerado en su naturaleza purísima, imperecedera, *no*, pues de la nada nada se hace, y el espíritu no *adquiere* sino que *desarrolla* propiedades, como el embrión vegetal que en su diminuta forma contiene el árbol tuturo y aun una descendencia interminable de árboles, los cuales toman de la tierra y del aire los elementos químicos necesarios para su manifestación, mas no la fuerza ó espíritu que los anima.

La *mónera espiritual* se nos representa en su primitivo estado como una fuerza latente, *in potentia*, como dirían los teólogos. Una vez en relación con la materia, sus *potencialidades* han ido desarrollándose gradualmente, convirtiéndose en *actos*.

Esta teoría nos explica el descendimiento del espíritu á la materia, el génesis y la evolución de la inteligencia, el desarrollo de todas las facultades, etc.; nos explica de manera luminosa la necesidad que tiene el espíritu de progresar por medio de la materia, sin ser esclavo, sino soberano de ella; nos reconcilia algún tanto con los teósofos, pues si en el espíritu no vemos un "dios" *in acto* como en la semilla no vemos un árbol desarrollado, si reconocemos una "divinidad" *in potentia*; y, finalmente, también nos explica el *objeto de la vida*, que es la realización eterna de las infinitas posibilidades que existen en nosotros.

5º Entendemos por *libre albedrío* la libertad de que, según algunos filósofos, goza el espíritu de discurrir, querer y obrar, sin que agentes extraños fuercen su voluntad á moverse en tal ó cual sentido.

La libertad *absoluta* no existe, pues nuestra voluntad depende de la divina; mas la libertad *relativa* sí, puesto que dentro de nuestro radio de acción nos es dable aceptar ó rechazar las cosas, séannos gratas ó no.

Dios dirige la evolución del Todo. En nosotros está impreso su soberano pensamiento como en todas las cosas. Luego es evidente que, con relación á Dios, carecemos de libre albedrío. Pero, con relación á lo finito, sí gozamos de una libertad acomodada á nuestro grado de progreso.

El círculo de nuestra acción se ensancha á medida que nues-

tra alma se instruye y purifica. La libertad del individuo está en razón directa de su adelanto moral é intelectual. Es más libre el hombre que sabe dominarse á sí mismo que el que se deja arrastrar por las pasiones.

6º Según la doctrina budhista, el espíritu ó atma, terminada su carrera, se sùme en el *nirvana*, pierde la individualidad. Al principiar otro período de creación, la substancia prima de nuevo se individualiza, y los "Egos" ó átmats vuelven á emprender su jornada. Así, pues, nosotros hemos pasado millares de veces por la senda por donde nos parece transitar por vez primera.

El símbolo del Espiritismo es la *espiral*, y he aquí por qué: el Universo es infinito; por mucho que se esfuerce el Espíritu por alcanzar la mayor suma de conocimientos ó perfecciones, nunca podrá decir: "ya nada me resta que aprender, ya lo he hecho todo, ya lo puedo todo, ya soy Dios;" siempre ante él aparecerán cosas ignoradas, siempre verá un "más allá."

Una bala de cañón que viajase por el espacio con una velocidad permanente superior á la de la luz, á la del pensamiento, con cualquier velocidad, en fin, no encontraría nunca un límite en su carrera; mejor dicho, se estaría viajando eternamente sin avanzar jamás una sola línea, sin moverse de su punto de partida, porque el infinito tiene su centro en todas partes.

El Espíritu jamás encontrará un término en su carrera. Pues infinitas son las cosas de Dios, eterna ha de ser forzosamente la inteligencia destinada á gozar de ellas. Subir, subir sin término, no retroceder jamás; tal es la ley.

## CAPITULO IX.

### LA REENCARNACIÓN.

- 1º Necesidad y justicia de la reencarnación.—2º Proceso de la reencarnación: el nacimiento.—3º Proceso de la desencarnación: la muerte.  
—4º Universalidad de la reencarnación.—5º Objeciones.

1º Es muy natural que cualquiera se dirija esta pregunta: "Siendo el Espacio un centro de inefables goces para el Espíritu

liberto, pues allí no sufre las miserias de esta vida, ¿cómo abandona esa mansión divina, renuncia á su libertad y se encadena á un cuerpo miserable?"

Antes de responder, permítasenos á nuestra vez preguntar: Siendo el niño feliz en sus juegos, ¿por qué los padres le hacen renunciar á ellos y le conducen á la escuela? ¿Qué necesidad hay de atormentar esa virgen cabecita? ¿No saben esos monstruos, esos perversos padres, que allí el niño sufrirá las impertinencias de un maestro celoso de su alto ministerio, que se esforzará, ya por medio de halagos, ya por medio de castigos, en facetar y pulir el brillante que en bruto se le entrega?

Pues bien, el Espíritu es el niño, Dios el padre y este mundo la escuela. Venimos aquí para aprender, para progresar, no para consumirnos en inútiles placeres. El Espacio es, sin duda, una morada luminosa; tiene delicias y grandezas sin fin, *pero sólo para los que las saben comprender*, como la ciencia y el arte tienen tesoros que los ignorantes no alcanzan á apreciar. Allí donde el sabio encuentra un deleite, el necio sólo ve un motivo de aburrimiento.

Nosotros no podemos apreciar aún la vida celeste; somos seres muy imperfectos, y por eso necesitamos reencarnar. Esto, que aquí nos parece un acertijo, allá se nos representa tan claro que no vacilamos un punto en *volver á la escuela*.

Si quisiéramos hablar en parábolas, diríamos que este mundo es como un mar lleno de rompientes peligrosísimas, en cuyo fondo se cuajan las perlas entre moluscos repugnantes, algas, madréporas, pólipos, asterias y otros productos de la flora y la fauna oceánicas; que esas perlas son las virtudes que revueltas con los vicios el Espíritu baja á recoger encarnado en una forma mortal, como el buzo metido en la escafandra; que así como éste, el buzo, se ve acosado en su labor por pulpos, serpientes enormes, tintoreras, etc., así el Espíritu se ve acometido por las pasiones, que son monstruos más terribles; y, finalmente, que así como el buzo vuelve á la superficie con las perlas que encontró en el fondo, así el espíritu vuelve al espacio, su verdadera patria, con los tesoros de la sabiduría y con las virtudes que conquistó aquí abajo.

Los que aquí se ocupan poco de su adelanto espiritual, son como esos escolares que desperdician el tiempo en engañosos placeres: *tendrán que volver á cursar el año*.

Bien —se dirá;— pero ¿cuál es el objeto de tantas luchas, de

tantas miserias, de tantos padecimientos? La felicidad, la felicidad de los sabios y de los buenos, de los seres perfectísimos que ya no tienen necesidad de progresar por medio del dolor, de los ángeles, en fin (porque hay *ángeles*), cuya morada son los cielos superiores (porque hay *cielos*) y para quienes la vida tiene dulzuras y la creación bellezas que nosotros no somos capaces ni de soñar.

Bien, muy bien; —replicará un católico ó un luterano;— pero, según la religión cristiana, basta una vida llena de virtudes para alcanzar la Gloria. ¿Qué necesidad hay de esa serie espeluznante de vidas?

Es muy cómodo pensar así. . . . . Más cómodo es aún suponer, como la mayoría de los eclesiásticos, que “un punto de contrición da al alma la salvación.” Pero una cosa es la comodidad y otra la justicia.

Una vida es *un relámpago en la eternidad*. No es posible en tan breve espacio de tiempo adquirir toda la sabiduría de las edades ni atesorar las virtudes necesarias para *pagar* ni la milésima parte del valor de la entrada á un cielo que se presupone eterno. Tampoco es posible cometer tantas iniquidades que se haga indispensable un Infierno de torturas sin fin.

¿Qué destino espera á los que mueren sin haber tenido tiempo de hacer bien ni mal, esto es, á los niñitos? Ilógico es sepultarlos eternamente en un Limbo de idiotas y de cretinos, y más absurdo aún hacerles merced de un cielo cuya entrada es más estrecha que el “ojo de una aguja.”

Por otra parte, ¿por qué unos hombres son buenos y otros malos? ¿Por qué nacen inteligentes y aptos los unos é imbéciles é ineptos los otros? Si no existieron antes y su respectivo progreso no es consecuencia de sus particulares esfuerzos, habría que suponer que Dios crea entes angélicos para poblar su cielo y criaturas malévolas para saciar la voracidad de su Infierno. Según semejante doctrina, Dios sería un monstruo capaz de las mayores infamias! Quien así ha blasfemado, no se llama Prudhom: *es la Iglesia Católica*.

Finalmente, por perversa que sea una persona, es susceptible de progreso, capaz de regeneración. ¿No es impío sostener que Dios, todo amor, todo justicia, cierra al alma las puertas del arrepentimiento y la redención, condenándola, por crímenes ó faltas hijas de la naturaleza depravada de que la dotó Él mismo, á la perpetuidad del infierno?

La doctrina de las vidas sucesivas enaltece al Espíritu, explica el progreso y vindica á Dios.

2º Mucho antes de que tenga lugar el nacimiento, el Espíritu que ha de reencarnar principia á perder la noción de las cosas celestes. La unión del Espíritu á la carne no es súbita, como pudiera suponerse. La naturaleza tiene horror á la violencia. El sér que se encuentra en el Espacio y que resolvió encarnarse, se siente atraído cada vez más hacia el plano terrestre. Él no sólo cede á esa atracción —que pudiéramos comparar á la del remolino que en espirales descendentes arrastra al nadador al fondo del mar,— sino que la favorece, presidiendo en cierto modo el desarrollo del germen en el seno materno. Los fluidos animales de la madre y del cuerpecito en formación envuelven al espíritu en una red cuyas mallas se estrechan y fortifican cada día más. Cuatro ó cinco meses antes del alumbramiento, el Espíritu cae en una turbación que Mulford compara á la del sujeto mesmerizado. Sus hermosas facultades y su memoria, que abarca muchas vidas, vánse nublando paulatinamente hasta quedar veladas por completo, como la luz de una lámpara por la superposición gradual de varias pantallas. El Espíritu flota en los turbios limbos de la vida espiritual, que se desvanece, y de la material, que se precisa. La incorporación verdadera no tiene lugar sino en el instante del nacimiento.

La ley de afinidad ó simpatía suele presidir las encarnaciones. Merced á esta ley, los espíritus encarnan en formas adecuadas á su grado de progreso moral é intelectual. Así el Espíritu sabio elige un organismo que se presta á la manifestación de sus bellas facultades, el Espíritu bueno reencarna en un cuerpo cuyos fluidos están en armonía con su grado de pureza, y el Espíritu grosero, lúbrico, animalizado, se siente atraído hacia gérmenes manchados por los vicios de toda una generación. Esta ley, sin embargo, no es general, pues Espíritus buenos, para expiar culpas cometidas en otra época ó adquirir determinadas virtudes, suelen encarnar en formas muy inferiores á su grado de progreso, y Espíritus atrasados, á la inversa, suelen revestirse, por móviles ocultos, de organismos que no merecen y de los que regularmente no sacan más partido que el que sacaría un bruto del violín de Sarasate.

Los pensamientos y deseos de los padres suelen influir algún tanto en la elección del Espíritu. “Si guardamos en la mente— dice Mulford— el recuerdo de algún espíritu á quien apreciamos